



Instituto Interamericano de
Cooperación para la Agricultura

**CALIDAD SOCIAL Y DESARROLLO
SOSTENIBLE DE LOS
TERRITORIOS RURALES**

**¿POR QUÉ LA SOCIABILIDAD
TIENE QUE SER CAPITALIZADA?**

Cuaderno técnico de Desarrollo rural N° 34

Carlos Júlio Jara

Junio, 2005

CALIDAD SOCIAL Y DESARROLLO SOSTENIBLE DE LOS TERRITORIOS RURALES

¿POR QUÉ LA SOCIABILIDAD
TIENE QUE SER CAPITALIZADA?¹

Carlos Júlio Jara

¹ El presente texto fue originalmente presentado como ponencia en el I Foro Internacional: Territorio, Desarrollo Rural y democracia, organizado por el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura en la ciudad de Fortaleza, Estado de Ceará, Brasil, en el mes de Noviembre del 2003. Posteriormente se introdujeron al texto algunas modificaciones, producto de la aplicación de los principios promovidos, en una acción de cooperación técnica en la que el autor participó como consultor en el 2005, en Barquisimeto, Venezuela.

ÍNDICE

I NTRODUCCIÓN.....	7
E NCERRADOS EN UNA JAULA DE HIERRO.....	9
M IRANDO CON NUEVOS OJOS LA RURALIDAD QUE AÚN SOBREVIVE.....	13
D ESARROLLO SOSTENIBLE DE LOS TERRITORIOS RURALES.....	15
T ERRITORIOS.....	16
A LGUNAS VENTAJAS DEL ENFOQUE TERRITORIAL.....	19
S EMBRANDO CALIDAD SOCIAL.....	21
C APITAL SOCIAL FRENTE A CALIDAD SOCIAL.....	24
A UMENTANDO LA DENSIDAD DEL TEJIDO SOCIAL: LAS COMUNICACIONES.....	27
C AMBIOS EN LA CULTURA POLÍTICA.....	30
N UEVA INSTITUCIONALIDAD.....	33
C ALIDAD SOCIAL E IDENTIDAD.....	35
A SOCIACIONES FRENTE A CULTURA ASOCIATIVA.....	35
C ARACTERÍSTICAS Y PERSPECTIVAS DE LAS ASOCIACIONES COMUNITARIAS.....	37

INTRODUCCIÓN

La naturaleza está siendo sometida a una agresión cada vez mayor y la fuerza vital de las sociedades se escurre por un sendero insostenible. Cada día constatamos el colapso de los valores éticos y la rápida transformación de la gran mayoría de las instituciones. La época moderna está llegando a su final, y la que surge en su lugar se encuentra totalmente atravesada por la *complejidad*, la *contradicción* y la *incertidumbre*. Hoy, como nunca antes, el destino próximo de cualquier sociedad se manifiesta como un campo minado por desconciertos y riesgos. Las tasas de cambio son tan aceleradas, las interacciones tan intensas, los flujos de información tan dinámicos que el fantasma de lo imprevisto nos acecha de forma permanente y no acabamos de salir del asombro que nos causan los *inusitados elementos* que brotan de esas complejas interacciones. Convivimos con el caos, lo inesperado y todos los días sentimos la presión de organizar incesantemente el proceso de desorganización permanente en que estamos inmersos.

Asistimos el alumbramiento de una nueva época marcada por la complejidad. Y es dentro de ese marco que debemos pensar, sentir y construir el nuevo paradigma de desarrollo sostenible al que queremos darle perspectiva y escala territorial. La calidad de los procesos de desarrollo territorial depende de la manera en que construyamos nuestras condiciones sociales al interior de esa realidad. Una complejidad que nos obliga a construir enfoques multidisciplinarios, articulando lo global con lo local, el Estado y la sociedad civil, lo colectivo con lo individual, lo tangible y lo intangible, el exterior y el interior, el observador y el observado. En la homo-hetero-geneidad de los territorios, tenemos que aprender a actuar en la continuidad y en la ruptura, en la turbulencia y en la movilidad, en la uniformidad y en la diversidad, en el archipiélago de valores y mundos culturales.

Tenemos que aprender a entender aquello que es, en esencia, multidimensional, integrado sutilmente por la cultura, que nos permite llegar a un acuerdo colectivo de observación. Se nos desafía, por consiguiente, a construir un desarrollo principalmente cultural, que se base en otra cultura de desarrollo. La ruralidad latinoamericana arrastra un conjunto de problemas que, simplemente, no se pueden resolver con las referencias teóricas y metodológicas del viejo paradigma. Debemos intentar observar la ruralidad desde el pensamiento complejo. No se trata de ponerse lentes nuevos y adoptar el mismo punto de vista, economicista, instrumental y competitivo. Se trata de quebrar los lentes viejos

para mirar y trabajar la realidad territorial de un modo diferente y desde una subjetividad también diferente. Quien sólo utilice anteojos modernos fabricados por la racionalidad instrumental no observará más que el lado fenoménico rentable en el proceso de desarrollo, que también ostenta colores de paz, solidaridad, cohesiones sociales y alegría². Si tan sólo pudiéramos producir una sociabilidad más esperanzada, una mejor calidad social, a partir de valores éticos y sentimientos solidarios³.

Tenemos que decidir si vamos a vivir como seres humanos dominados por la demencia o como seres humanos dominados por la sensatez. Porque “el ser humano puede ser tanto el Satán de la vida como el Ángel bueno de la vida”⁴. Es necesario *re-definir* el desarrollo como un proceso orientado fundamentalmente, por las calidades éticas del espíritu humano. La sociedad humana tiene que estar en mejor capacidad de determinar el rumbo de su propia evolución y de formular elecciones informadas, cuidadosas, participativas, responsables y concientes. Mucho de esto va a depender de nuestra capacidad para mejorar la *calidad del tejido social* en aras de alcanzar una sociabilidad donde las relaciones asuman cada vez más una dimensión confiada y solidaria. Aquello que plantamos en los corazones de las comunidades rurales es lo que cosecharemos en las manifestaciones de sus territorios.

¿Cómo construir ese entorno? ¿Qué cualidades cultivar en ese ser racional e irracional, sabio y loco, trabajador y lúdico, empírico e imaginativo, prosaico y poético, amoroso y hostil, cuidadoso y destructivo, competitivo y solidario, ‘*racioemocional*’⁵. ¿Cuáles son los principios y los valores que el desarrollo sostenible debe afirmar para construir un modo más humano de pensar, de sentir y de vivir? ¿Qué significa desarrollo rural humano y sostenible? El desarrollo es un proceso sociocultural que apunta hacia objetivos sociales. La sociedad sostenible es una promesa, al igual que lo es el ser humano. Si tenemos el poder de escoger es porque tenemos la capacidad de ser creativos y responsables. Podemos guiar los procesos a partir de los valores éticos del amor (la compasión), la

² Curar es una actitud del espíritu; va más allá de las teorías abstractas.

³ Cuando faltan los valores y los sentimientos humanos básicos, el *desarrollo* puede transformarse en algo sórdido.

⁴ Leonardo Boff, Jean-Yves Leloup, Pierre Weil, Roberto Crema e Lise Mary A. Lima (org.), *Espírito na Saúde*, Vozes, Petrópolis, 1997.

⁵ Edgar Morin, *Os Sete Saberes Necessários à Educação Superior*. UNESCO, Cortez, 2002.

verdad, la justicia, la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la responsabilidad y el respeto por la vida⁶. Esa sociedad ideal todavía no ha nacido, es apenas una posibilidad. Pero si nos dedicáramos más a la dimensión intangible, procurando sembrar relaciones de cooperación creativa – *calidad social* – posiblemente iríamos más allá de lo esperado.

En este sentido, el desarrollo rural con perspectiva territorial o es desarrollo humano y sostenible, o simplemente no lo es.

Considero el proceso de *desarrollo* como sostenible, a partir de una concepción sistémica. La democracia cognitiva, afectiva y emocional, la dulzura, el cuidado y la solidaridad constituyen principios auto-eco-organizadores que guían los caminos específicos que han de diseñarse en el mundo local. Las acciones locales ganan coherencia y complementariedad de los esfuerzos que nacen del bienestar económico, de la sostenibilidad ambiental, de la democracia participativa, de la alteridad cultural, de la equidad social y de la libertad espiritual.

1. Encerrados en una jaula de hierro

Podemos juzgar una teoría o una estrategia de desarrollo por sus frutos. Recogemos lo que sembramos. El modelo de *desarrollo* que tenemos es aquel que pedimos como sociedad y, en particular, el tipo que piden, y defienden, las élites que monopolizan el poder. Más allá de los intereses que se persiguen, ese desarrollo sigue una visión materialista – mecanicista –, reduccionista, que hace de la dimensión económico-productiva el “carro” que comanda el cambio⁷. Sabemos que ningún proceso de crecimiento, por sí solo, sin políticas públicas de redistribución de activos y oportunidades puede garantizar el bienestar social. Pero esa forma de pensar continúa triunfando de manera perversa.

La fuerza de esta corriente economicista permanece inamovible. Tenemos la obligación de reflexionar profundamente sobre el tipo de criatura paradigmática que estamos incubando en

⁶ Según un estudio sobre valores universales. Ver José María Tortosa, *El juego global: maldesarrollo y pobreza en el capitalismo mundial*, Icara & Antrazyt, Barcelona, 2001.

⁷ Es necesario crecer cualitativamente lo suficiente para dar respuesta a las necesidades básicas de la sociedad, de cada ciudadano, hombre o mujer, para que liberen su tiempo y se concentren en el desarrollo de otras dimensiones humanas.

nombre del desarrollo rural territorial. ¿Será que sólo estamos cambiando los lentes pero conservando la misma visión?.

Algunas de las nuevas propuestas todavía no consiguen salir de la matriz economicista de la ideología y se quedan prisioneras en el materialismo racional. Hablamos, por ejemplo, de la economía territorial frente a la economía agrícola, del lado competitivo de la transformación productiva y no de los aspectos *autosustentables*⁸ de la ruralidad territorial. Estamos contaminados por el economicismo, aun cuando estamos conscientes de que la economía es, probablemente, la dimensión humana más atrasada. Estamos complicando aún más la cuestión del “capital social”, colocando los viejos conceptos de la economía clásica en un ropaje moderno, más alejado de la conciencia. Ese sesgo ideológico perjudica nuestra búsqueda de nuevos tejidos sociales en los territorios rurales, y también, del propio bienestar económico, que se sustenta en la relativa autosuficiencia territorial, al limitar nuestra búsqueda de calidad social y productiva.

Estamos hablando, por ejemplo, de los nuevos conceptos de competitividad social territorial y de *competitividad ambiental territorial* que desgastan el poder de raciocinio, encerrados en sus viejas premisas⁹. Pienso y siento que cualquier visión de competitividad, restringida o integral, lleva como norma la guerra. Pero continuáanos imponiendo la idea de que si no existe competitividad, no existe desarrollo, y si existe desarrollo, existe competitividad. Es la dialéctica del eterno retorno al utilitarismo, al “pensamiento único”. La utilidad es la energía que asegura el poder y el ego de cada uno. El discurso afirma que competitividad social es la “*capacidad de los agentes para actuar eficazmente y de manera conjunta basados en una concepción consensuada del proyecto territorial y fomentada en el acuerdo entre los distintos niveles institucionales*”¹⁰. Acuerdos opositores que generan dialécticas negativas. Por eso se afirma que la ideología se construye y reconstruye por medio del sentido común. Existen, sin duda,

⁸ El autor originalmente utilizó el término *sostenitivos*, para tratar de diferenciar los procesos más autogestionarios de las connotaciones con las que ya cuenta el término sostenible. No obstante se hizo una edición del término para prevenir confusiones.

⁹ Rafael Echeverri, Adrián Rodríguez y Sergio Sepúlveda, *Competitividad territorial: elementos para la discusión*, IICA, Costa Rica, 2003.

¹⁰ Gilda Farrell.; Trillón, Samuel y Paul Soto. *La competitividad territorial: construir una estrategia de desarrollo territorial con base en la experiencia LEADER*, Bruselas, Observatorio Europeo LEADER, 1999.

conceptos más fecundos para explicar ese mismo proceso de acción colectiva, inclusive el llamado “capital social”.

¿Acaso existe la *competitividad ambiental*? No hay duda de que en los ecosistemas y en la naturaleza hay competencia. De acuerdo con Capra, “en [la naturaleza] hay dominio, pero siempre dentro de un largo contexto de cooperación. Las especies no forman jerarquías, sino redes dentro de redes. Hay conflicto y hay competencia, pero no relaciones de poder, en el sentido de forzar a alguien a obrar de acuerdo con el deseo del otro”¹¹. Para que los territorios rurales puedan ser avalados como sostenibles, las comunidades de actores sociales e institucionales deben seguir los principios básicos de la ecología. Del mismo modo, el diálogo entre la *racioemocionalidad* económica y la *racioemocionalidad* ecológica, por sí solo, no es suficiente para decidir, de forma cuidadosa e inteligente, sobre la forma de gestión ambiental de los territorios. Es preciso politizar la economía y “eticular” la política para promover el *cuidado ambiental* y para definir los límites ambientales de la economía territorial, partiendo de las conversaciones entre los actores, del acceso a la información, de los debates entre científicos y políticos. Hay que beneficiar el tejido social y buscar relaciones de confianza e *inclusivas*.

La corriente dominante continúa percibiendo el desarrollo rural como un problema casi exclusivo de inversión económica, de acceso a recursos financieros, de gestión empresarial, de transferencia tecnológica, de infraestructura y, por supuesto, siempre buscando la eficiencia económica. Esa exclusividad tiene que cambiar. La llamada competitividad social no sustenta el bienestar económico: sólo respeta y obedece el lucro efectivo y el valor comercial. El proceso de desarrollo sostenible es sinónimo de una red de actividades relacionadas, de comunicación, en un tejido fuertemente ligado a sentimientos de confianza y no sólo a la *racioemocionalidad* utilitaria de la técnica y del mercado. Las personas y los actores sociales se comunican y además de intercambiar información, intercambian energía. Ello abre un campo de acuerdos compartidos – una resonancia – que afirman la idea de que el desarrollo siempre se construye “con los otros”.

Es preciso ir más allá del reducido concepto de la competitividad basada en la eficiencia económica, siempre avalado por la racionalidad cuantificadora. En la visión convencional, esa calidad de supervivencia en los mercados más dinámicos y

¹¹ Fritjof Capra, *Determinismo Biológico ou Integração Sistêmica?*, Berkeley, USA, www.ecoar.org.br, 2003

abiertos del sistema, rinde respeto a una cadena de factores, no siempre tecnológicos, donde generalmente ganan los agentes mejor posicionados. Sabemos que la eficiencia que conduce al crecimiento económico no siempre está determinada por la composición orgánica del capital. Operan una variedad de discriminaciones, valores propios de la exclusión social, afirmados en una institucionalidad vista como racional, sólida y moderna.

La productividad es, esencialmente, un intercambio social y, por consiguiente, tiene que ser sostenible. Y depende de factores como la creatividad, el acceso a la información, la valorización del saber local, la calidad de las prácticas productivas, la certificación de los procesos, la inocuidad, la identidad, los costos de transacción, la motivación, la articulación social, etc. Queremos construir capacidad para producir con calidad a escala territorial y no simplemente reproducir la lógica utilitaria del “tigre suelto frente a burro amarrado”. Y ello depende de una transformación educativa, que estimule la capacidad de innovación, a la vez que la solidaridad entre actores sociales y agentes productivos.

Sólo podemos cuestionar el mito de la competitividad si nos adentramos en los principios de asociación de la naturaleza humana, como son la cooperación, la complementariedad y la solidaridad. Si el concepto convencional de competitividad –que hace universal el principio de oposición– hace referencia a formas de competencia basadas en una mezcla de bajos salarios y diferencias de productividad, e incorpora la *calidad*, las buenas prácticas productivas, la inocuidad, el diseño, la originalidad y el conocimiento del origen de los procesos, por qué no afirmar el concepto de *cualitividad*, para buscar producir mejor y diferente, y para generar auto-suficiencia y no simplemente producir más, de forma indiscriminada. Es la calidad solidaria del tejido social la que nos puede llevar a un desarrollo más auténtico, a movilizar las energías sociales desde adentro, activadas por la esperanza, hacia nuevas formas de comunidad.

El discurso del desarrollo sostenible tiene que salir de la jaula de hierro del pasado y de los modismos del presente. La competitividad entre iguales no se puede construir en todos los territorios brasileños, pero la *cualitividad* probablemente sí.

¡Tenemos que ser pragmáticos!, subrayan los especialistas productores y reproductores de los regímenes dominantes de la verdad del desarrollo. No hay espacio para discursos alternativos, para nociones de esperanza y posibilidad. Ese pragmatismo sin conciencia produce modos de desarrollo social y ecológico no sostenibles y políticamente inviables en el largo plazo. Cada vez que promovemos una ruptura conceptual enfrentamos una resistencia muy fuerte. Precisamente cuando la realidad de la

pobreza, de la subordinación y de la crisis ambiental piden con más fuerza nuevos conceptos, tanto más se afana el discurso convencional en enmascarar la raíz de los problemas. Parece que estuviera prohibido criticar al capitalismo, al progreso y a la modernidad. Se emplea un léxico progresista que incorpora elementos ideológicos hegemónicos que se nutren de la resignación funcionalista. Cualquier crítica se interpreta como una oposición al futuro. Y se estigmatiza a los inconformes. Tal es la patología de la normalidad.

Con todo, siento que la crisis que se vive en múltiples dimensiones, acompañada del agotamiento de los “modelos” convencionales de desarrollo, está promoviendo un cambio de conciencia y un cambio ético de paradigma. Nuestra manera de percibir la realidad está cambiando lentamente, a medida que se abren nuevos espacios culturales. La creciente pobreza, las agresiones ambientales, la destrucción de las identidades, las falsas democracias, las guerras por el control de recursos energéticos, los impactos depredadores de ciertos tratados de “libre comercio”, la multiplicación de las experiencias de sufrimiento, entre tantas otras expresiones patológicas, empiezan a erosionar las “verdades”, a deslegitimar determinadas formas de vida cultural, a construir nuevas esferas de posibilidad humana.

Va ganando terreno un nuevo concepto holístico de pensamiento y de desarrollo. Ese concepto guía una nueva forma de mirar y de trabajar la naturaleza, mucho más reverente; apunta hacia la adopción de tecnologías novedosas y de nuevas formas de organización social, hacia una cultura y una política imbuidas de civismo. Vincula las ciencias físicas y sociales con la filosofía y con las dimensiones del espíritu, a fin de crear una red de aprendizaje sobre el conocimiento, que forme una razón iluminada por el corazón.

2. Mirando con nuevos ojos la ruralidad que aún sobrevive¹³

Hoy día, la idea del mundo rural —la ruralidad— abarca múltiples dimensiones intrínsecamente relacionadas. Por eso,

¹³ El concepto de “nueva ruralidad” es la suma de varias concepciones: a) un nueva aproximación a la realidad rural, o una nueva manera de percibir el todo, que fue abatida por el reduccionismo, y b) una nueva configuración y una nueva dinámica de la ruralidad construidas por la mundialización económica, política, cultural e ideológica, por la destrucción de las economías campesinas, por las crisis ideológicas, etc. En este último sentido, la ruralidad siempre es nueva y vieja al mismo tiempo. La ruralidad siempre es cambiante y nunca pasa dos veces por el mismo estadio. Siempre ocurre un cambio en el pasado que se expresa de manera irreductible.

cuando hablamos de desarrollo rural sostenible es necesario adoptar una visión unificada de la realidad rural –de la ruralidad– que queremos *desarrollar* y que se puede concretar desde una perspectiva territorial. De la misma forma en que el territorio se comporta como un sistema, también la acción humana sobre el territorio tiene un carácter sistémico. La realidad de la ruralidad es *unidiversa* y se expresa en la historicidad, en la localidad, en la singularidad y en la *bio-cultu-socio-diversidad* de los territorios.

Para las personas acostumbradas a la lectura cartesiana, mirar el todo, vislumbrar los innumerables vínculos que forman un tejido social es cosa difícil de entender. Pero el hecho de que sea difícil trabajar la diversidad de la unidad, o la unidad de la diversidad territorial, no elimina el desafío de construir un futuro mejor. Cuando alguien desafía los regímenes insostenibles de verdad, es porque se siente condenado por los mismos.

Es en este sentido que se afirma que el proceso de desarrollo rural en escala territorial demanda intervenciones intersectoriales e interinstitucionales. Un desafío complejo y complicado que debe reinventar, decisiva e irrevocablemente, las instituciones, así como enriquecer el tejido social para que se incline por la armonía y la cooperación y no tanto por la competencia, la separación y el dominio. De ahí puede emerger una nueva sociabilidad rural con capacidad y energía políticas capaces de aliviar la pobreza, cicatrizar las desigualdades y sustentar ambientalmente el crecimiento económico.

Realmente todavía no sabemos cómo mejorar y multiplicar las interacciones entre los diferentes agentes sociales e institucionales, esa malla energética de eslabones sociales cambiantes que marcan el rumbo del desarrollo. Siento y pienso que el entusiasmo colectivo, la articulación confiante de las relaciones entre los distintos grupos sociales, los cruces constantes de informaciones y conocimientos, aportan energías verdaderamente capaces de transformar la vida y el destino de una sociedad. Una sociabilidad fragmentada, desanimada y despojada de poder de intervención es como un árbol sin raíces, se marchita poco a poco. El proceso de urdir o tramar lo que oculta la sociedad fragmentada se denomina *contexturar* y genera cohesión, enlaces sociales.

La gran mayoría de los agentes de desarrollo carecen de mapas conceptuales, capacidades y de instrumentos para mirar a la distancia y verse a sí mismos como parte integral del tejido social.

Viven atrapados dentro de los viejos muros institucionales, a merced de los dogmas neodesarrollistas o neoliberales y de los códigos morales que alimentan los peores atributos de la naturaleza humana. Debemos construir vías de escape, diseñar formas de alcanzar un nuevo orden social, fundado en un nuevo orden moral. Para lo que resulta fundamental producir otros genes culturales e imágenes de convivencia social inspiradas en la consideración, que denota un matiz de amabilidad. Somos desafiados a intentar mejorar la calidad de los vínculos sociales y diseminar al mismo tiempo la *cooperación creativa*, a partir del contacto comunicativo, del aprendizaje compartido que genera conocimiento.

Estamos aprendiendo poco a poco por experiencia a sembrar confianza social y tenemos mucho que sistematizar. Ya sabemos que la persecución ciega de la competitividad productivista está condenada a perturbar a los ritmos de la naturaleza y fracturar el tejido social. La experiencia, sin embargo, pertenece al pasado, nos dice lo que no debemos hacer; el futuro, en cambio, es siempre imaginación creativa, una posibilidad. Siempre pensamos con lenguaje y con imágenes, no con el cerebro¹⁴.

3. Desarrollo sostenible de los territorios rurales

No vamos a realizar un análisis crítico y retrospectivo de las principales teorías y enfoques convencionales de desarrollo rural. Pero es posible aducir que aunque operaran de manera mecánica¹⁵ y con un fuerte sesgo urbano, parcelado, centralista, sectorial y 'productivista', las estrategias convencionales de desarrollo rural promovieron muchos de cambios en los territorios rurales latinoamericanos. Las inversiones públicas y privadas e incluso los programas compensatorios de combate a la pobreza, ampliaron las libertades políticas, las facilidades económicas, las oportunidades sociales y también la infraestructura social y productiva, los servicios de salud y educación, y la salubridad básica de millares de comunidades rurales.

No obstante, gran parte de esa experiencia se presenta como insostenible. Porque en lo profundo de las cosas, la perspectiva desarrollista volvió 'unisectorial' lo que siempre fue

¹⁴ Juan Soto Ramírez, *Complejidad Cognitiva*, La Jornada, México, 5 Febrero, 2003

¹⁵ Las máquinas operan y las personas actúan.

‘multisectorial’. En general, las estrategias tuvieron un fuerte carácter *clorofilista*, promoviendo economías de escala, como si el desarrollo rural tuviera, necesariamente, que estar asociado a la modernización sectorial. Esa perspectiva descartó como “atrasados” los valores, el conocimiento acumulado, las prácticas ancestrales, las tradiciones, los modos de producción y de vida de las comunidades rurales, en particular, de aquellas compuestas por unidades agrofamiliares. Ese tipo de desarrollo rural prescindió de la noción de cultura. Las comunidades rurales fueron calificadas como carentes; no hubo confianza en las fuerzas sociales y culturales locales y propias del territorio. Los procesos de modernización y de cambio tecnológico, lejos de atender las necesidades básicas de estas comunidades, aumentaron la concentración de la riqueza y las desigualdades, y generaron un mayor desequilibrio ambiental¹⁶.

El resultado fue, y continúa siendo, un desorden ambiguo, una construcción desigual, relativamente dualista. La ruralidad quedó despedazada, fragmentada, sectorializada, incapaz de asumir el contexto plural territorial. Ni siquiera el enfoque de desarrollo sectorial agropecuario consiguió incorporar la visión más elevada de “agricultura ampliada”.

Partiendo de esa corriente de pensamiento, se formularon planes modernizadores que incorporaban componentes mecánicos (inputs) activados por la tecnología y la inversión productiva. Eso condicionó un mirar vacío del territorio. Todos fuimos testigos de las acciones fragmentadas, de los sectores e instituciones desarticuladas, del énfasis en las obras de infraestructura, de la participación instrumentalizada, de las ciudadanías pasivas, del clientelismo y del asistencialismo.

Muchos de esos esquemas de intervención sectorial llevaron a la fragmentación del tejido social y alimentaron la desigualdad entre grupos sociales y territorios.

4. Territorios

Brasil es un país enorme y *unidiverso*, conformado por una gran variedad de territorios.

¹⁶ Es muy fácil criticar. Tengo que confesar que colaboré con ese patrón de progreso económico. El sentido de la frustración nos deja una gran enseñanza.

Cada territorio expresa su propio proceso de construcción histórica y difícilmente puede ser reproducido en otros espacios sociogeográficos o en otros tiempos. La ruralidad tiene raíces históricas cambiantes, multidimensionales y prolongadas; en ella se dibujan trayectorias específicas que se traducen en *modos territoriales de desarrollo*, que se organizan, desorganizan y reorganizan gracias a la energía cultural de las múltiples y heterogéneas sociedades locales. El territorio aparece como un campo geográfico que responde a una construcción social y cultural, pero al mismo tiempo está en permanente estado de construcción. Y al mismo tiempo, los campos sociales y culturales son territorialmente contruidos. El territorio es un concepto dinámico; en él sobrevive el pasado y en él se crean los arreglos sucesivos del futuro.

Cada territorio rural está sujeto a una dialéctica evolutiva específica, marcada por la cultura, por el juego del poder y por los valores e intereses de los diversos segmentos y actores sociales, en una continua danza de interrelaciones e interacciones con la naturaleza. El escenario territorial manifiesta una diversidad de actores que actúan con '*racioemocionalidades*' propias, dibujando estructuras de poder y tejidos sociales específicos. Por medio de las reglas, los grupos y actores locales actúan condicionados por fuerzas o sistemas más amplios, crean vínculos de dependencia e interdependencia, institucionalidades que cambian constantemente, así como complejos arreglos inter-territoriales. De esa forma, el mundo global y el mundo *local-territorial* se penetran dinámicamente, tejiendo *hibridaciones*, donde lo común abraza a lo diverso y la duración lleva al rompimiento.

Tales dialécticas se concretan en formaciones *sociohistóricas* heterogéneas en las que se unifican los conceptos de ambiente natural, sociedad, cultura, tiempo y espacio. En esas formaciones es posible hacer una lectura de los elementos condicionantes de la dinámica territorial, del orden interior, de los elementos *germinativos* que explican los destinos sociales presentes y, al mismo tiempo, definen los probables destinos futuros.

Los territorios se nos presentan como en un proceso de involucramiento orgánico y geográfico de elementos procedentes de diversas dimensiones. En este sentido, vistos desde el interior de sus fronteras culturales, los territorios manifiestan propiedades relativamente homogéneas (homo-heterogéneas), pero, simultáneamente, y vistos desde el exterior, manifiestan

también propiedades muy heterogéneas (*hetero-homogéneas*)¹⁷. Esa 'homo-hetero-geneidad' territorial deviene históricamente del proceso de adaptación de las comunidades humanas a su ambiente natural. Las adaptaciones activas, en el sentido de que promueven y acompañan los cambios, generalmente son moldeadas por las élites locales, por los agentes históricos y por sus sistemas de representación.

La heterogeneidad revela un mosaico de situaciones sociales y culturales, formas de producción, ambientes naturales, capacidades humanas, comportamientos, tejidos sociales y trayectorias locales que manifiestan diferentes lógicas y dinámicas territoriales específicas de *desarrollo*.

La ruralidad y el agro brasileño son de una diversidad enorme en lo que respecta al ambiente natural, los sistemas productivos, la situación social de los productores, el grado de asociación, la fertilidad de las tierras, la institucionalidad, la identidad, la disponibilidad de infraestructura, la capacidad de gestión, etc. No sólo entre territorios sino también dentro de cada territorio. Es lo que denominamos la *homo-hetero-geneidad* territorial.

En efecto, cada realidad territorial revela diferentes potencialidades, diferentes dinámicas productivas y diferentes estructuras sociales y políticas, así como esquemas institucionales e identidades vivas propias de cada lugar.

Como podemos percibir, no es fácil definir territorios partiendo de una lectura cartesiana. Siento la necesidad de expresarme apoyado de la metáfora. No se trata de solamente de la base física, de un fragmento geográfico, del Sertão de Pernambuco en Brasil o

¹⁷ "Los territorios representan espacios geográficos generalmente continuos donde históricamente se han integrado, de forma permanente y cambiante, las múltiples dimensiones de la vida social. Los territorios revelan características relativamente homogéneas, frecuentemente estructuradas a partir de uno o varios ejes ordenadores que influyen en el comportamiento de los actores sociales y de las institucionales locales, configurando al tejido social. El territorio debe interpretarse como un agente más del desarrollo local. Por lo general el territorio expresa una gran diversidad de situaciones y dinámicas productivas, características ambientales, formas de organización del poder y de producción, así como un entramado social cuyos actores se movilizan, según perspectivas diferenciadas, demandando recursos estratégicos, esquemas de servicios y participación en la esfera de decisiones." Carlos Julio Jara, Perfil del Proyecto Desarrollo Sostenible de Oportunidades de Negocios, Capacidades Locales y Servicios Territoriales," IICA - MAG, Quito, Ecuador, 2003.

de la Hoya del Orinoco en Venezuela, sino de un tejido de relaciones con profundas raíces históricas, políticas e identidades diversas, que van más allá de sus atributos naturales.

En ese abrigo se mezclan, de forma compleja y maravillosa, tierras, agua, identidad, género, memorias colectivas, patrones culturales, recursos naturales, paisajes cambiantes, faunas y floras, café y cebolla, pájaros en el cielo, sistemas productivos, modos de cultivar, arreglos institucionales, estructuras de poder, redes comunitarias, juntas parroquiales, patrimonios intangibles, sonidos ancestrales, maneras de amar, modos de vivir, imágenes colectivas, normas consuetudinarias, leyendas, pasado y presente, sueños futuros. Los vínculos del hombre y de la mujer rural con el territorio se hilan en los niveles profundos de la conciencia, donde quedan silenciosamente gravados, condicionando comportamientos compartidos, o posibilitando eventos indeterminados que parecen probabilísticos. Es así el territorio, sus fronteras son marcadas por la identidad, desde adentro de la cultura.

5. Algunas ventajas del enfoque territorial

Tanto las estrategias convencionales de intervención '*clorofilista*' y cuantitativa, como los esquemas asistenciales de "lucha contra la pobreza rural" se revelan impotentes para resolver las calamitosas condiciones sociales, económicas y ambientales de la mayoría de las sociedades y territorios rurales. El enfoque sectorial es incapaz de explicar o transformar la ruralidad territorial.

Si la construcción de una sociedad sostenible resulta de cambios multidimensionales, es lógico esperar que los factores que la impulsan sean también multidimensionales, y por consiguiente, multisectoriales. Por eso insistimos en prestar mayor atención al pensamiento complejo.

El territorio rural es un concepto '*multifuncional*', dinámico y abierto, supera el esquema agropecuario de corte '*unifuncional*', y por tanto, la noción mecánica de cadenas productivas en boga en las economías de escala, también unidimensional. Sabemos que la sociedad urbana está presente en la sociedad rural y viceversa. Por eso, es necesario observar los vínculos de lo rural con lo urbano — vínculos productivos, políticos, culturales y sociales —, para

visualizar los intereses convergentes y procurar la construcción de sinergias entre las políticas de los actores sociales, urbanos y rurales, explorando esquemas de diversidad 'multisectorial', capaces de llevar a *ecologías de escala*.

El territorio es un movimiento vital que debe entenderse, sobre todo, como una red de conexiones sociales, como una confrontación y una mezcla de percepciones que surgen al calor de las emociones y los valores culturales, y como una trama de información cambiante. Las clases y los actores sociales existen como acción, como lucha, como acuerdo y como dinámica constructora de la historia territorial, que simultáneamente transforma el tejido social creando nuevas 'territorialidades'.

La perspectiva territorial potencia la integración de sectores, lo que nos lleva a imaginar un movimiento en espiral, en el que todas las dimensiones interactúan y se interpenetran. El enfoque territorial supera la visión de lo rural como sinónimo de agricultura favoreciendo la percepción de una economía territorial multisectorial y diversificada. Al planificar lo complejo podemos percibir la posibilidad de una economía polivalente, un proceso de transformación productiva que escucha y considera las especificidades e iniciativas locales, el potencial endógeno. Es posible escuchar las cambiantes melodías de las comunidades territorializadas, dibujar las diversas lógicas de los actores locales, las diferentes estrategias culturales para el manejo de los recursos naturales, observar los palcos donde cantan los sistemas de creencias, de saberes, y de prácticas sociales y productivas.

De ahí la pertinencia del enfoque territorial, que permite mirar el conjunto y visualizar el contexto, que posibilita la lectura tanto de las conexiones duraderas como de los elementos nuevos, que explica la dinámica territorial y su particular modo de desarrollo¹⁸.

El desarrollo de la economía rural, en los territorios, no es sinónimo de desarrollo de la agricultura familiar. Este enfoque va más allá de las fronteras de lo agropecuario, más allá de las pequeñas empresas agrícolas de corte familiar que se nutren de la diversidad. La economía familiar rural es 'pluriactiva'. Precisa de una respuesta integradora, política e institucional, de tipo

¹⁸ Es importante la lectura del documento elaborado por Rafael Echeverri, Melania Portilla, Adrián Rodríguez y Sergio Sepúlveda, *Desarrollo rural sostenible: enfoque territorial*, Sinopsis, IICA, 2003.

‘multisectorial’. Muchas de las pequeñas economías familiares rurales tienen una gran capacidad emprendedora o ejercen actividades externas a la agropecuaria, y revelan iniciativas y oportunidades de negocios que pueden ampliar el mercado de trabajo. El enfoque territorial posibilita, justamente, la construcción de una economía polivalente, al activar los atributos territoriales endógenos.

En este sentido, una ‘lectura territorial’ del desarrollo rural sostenible permite articular los viejos enfoques de “combate a la pobreza rural” con los nuevos conceptos de arreglos productivos, integración de las pequeñas economías en construcciones empresariales de escala, redes de cooperación, gestión compartida y calidad social, y trascender, así, la cerrada perspectiva compensatoria.

Por otra parte, este enfoque va más allá de la visión del “manejo racional de los recursos naturales” que pregona la conservación ambiental, las buenas prácticas productivas, los negocios limpios, la protección de la biodiversidad, la preservación de las especies endémicas, etc. Este enfoque abre una reflexión más amplia sobre los procesos locales de generación de entropía o las consecuencias de la degradación de energía que devienen de los diferentes modos de desarrollo territorial. Por cierto que hay que escuchar al mercado en cualquier intento de transformación productiva, pero la visión cuidadosa del territorio también nos obliga a captar los mensajes del mundo natural, para construir una cultura espiritual mente sensible, traducida en calidad social.

6. Sembrando “calidad social”

El desarrollo humano y sostenible implica una nueva forma de mirar que permita captar el principio social vivo de cada territorio, así como su dinámica de *desarrollo*. Todavía no se vislumbran las innumerables posibilidades endógenas de los vibrantes territorios rurales brasileños. Todavía se sigue negando el hecho de que somos una suma de culturas diferentes, con capacidad para trascender nuestra trayectoria humana, social, ambiental y espiritual.

Es necesario que sociedades como la brasileña inviertan en caminos alternos, que busquen soluciones inéditas que estimulen el sentimiento de que somos parte de territorios heterogéneos, de

una gran diversidad de energías, iniciativas, talentos y culturas. Es preciso apoyar el nacimiento de nuevos agentes históricos, aumentar la densidad y la calidad del tejido social, aprender a valorar primero el ambiente y la cultura. La historia de cada territorio es siempre una construcción social, pero no tiene una finalidad única, o sea, no llegamos a un determinado estadio, ni estamos seguros de que el camino que seguimos nos llevará allá. Sencillamente caminamos; vamos en dirección de la imagen ética que adoptamos como norte.

Es urgente sembrar “calidad social”, estimular el potencial humano positivo, la energía colectiva que surge de una *conectividad esperanzada* y transparente entre actores, capaz de traer más inteligencia a la vida emocional y más solidaridad. Tal aspiración debería ser tan imperativa como la salud, la educación y la innovación tecnológica. No debemos limitarnos a aprender a ganar, a competir y a destruir, sino que tenemos que ser capaces de cultivar la cooperación, la confianza y el amor político.

La comprensión de la calidad de los tejidos sociales cambiantes debe llevar a algún nuevo tipo de filosofía de la organización y la educación social y empresarial. La energía que mueve al crecimiento económico es causa de discordia, en tanto se fundamenta en el egoísmo, en la falta de cohesión social y en el desequilibrio del ser humano. Haría una gran diferencia conseguir que ciertos agentes sociales pudieran pensar en lo que los pobres han sentido y sienten. Probablemente cambiarían su percepción y estarían más dispuestos a establecer relaciones de confianza.

Tenemos ante nosotros el desafío de abrir paso a pensamientos menos conservadores y más maduros y aplicarlos a los planes y programas de desarrollo. Los valores más elevados de la naturaleza humana continúan siendo “oscurecidos”. Tenemos que incorporar, en el discurso del desarrollo sostenible y en los marcos normativos de las políticas públicas, los principios de justicia social, cooperación y solidaridad. Porque tales principios son elementos esenciales de la condición humana¹⁹.

El desarrollo rural sostenible exige la escucha cuidadosa de las propuestas sugeridas por los actores sociales que conocen el potencial de su territorio histórico, que añaden el saber colectivo y compartido, que contienen respuestas inteligentes y sensatas a las

¹⁹ Andrés Pérez Baltodano, *Entre la utopía y el pragmatismo: política, gobierno y políticas públicas en América Latina*, La Jornada, Mexico, 2002.

cuestiones ecológica, cultural, económica y política, que se acercan a la esencia de la vida social. No hay un modelo final, solo situaciones estacionarias, energías políticas impulsadas por directrices éticas capaces de crear posibilidades sostenibles. Los “modos sostenibles de desarrollo” resultan de una combinación novedosa de los factores, de una nueva síntesis dialéctica producto de una modificación de actitudes, valores y objetivos²⁰.

Es posible cambiar los “modos de desarrollo” que se producen, y reproducen, en los diversos territorios, las conexiones que condicionan la pobreza, la desigualdad, la exclusión, el desempleo y la agresión ambiental, entre las muchas patologías y anomalías que aquejan a la sociedad brasileña. Si podemos fabricar exclusiones podemos construir inclusiones. Tenemos que aprender a entender que las causas de las cosas no están fuera de nosotros mismos. ¿Qué papel juega nuestro individualismo y nuestro racismo en los problemas y sufrimientos que la sociedad brasileña vive en este momento? Estamos muy programados, pero es posible suscitar la transformación que reclama la sociedad rural brasileña impulsando una nueva dinámica territorial²¹.

La cooperación y la confianza son valores éticos que se pueden grabar en la cultura y en la conciencia humana. Si pensamos el desarrollo sostenible de los territorios como un proceso multidimensional y multisectorial capaz de producir una integración dinámica de esfuerzos liberadores de acciones coordinadas, sociales y políticas, podemos afirmar que estos nuevos modos de desarrollo pueden provocar un gran impacto en la sociedad brasileña.

La suma total de la energía movilizada — política, institucional, social y cultural — de los procesos de encuentro, de diálogo y comunicación horizontal, especialmente cuando alientan la

²⁰ Los métodos de ATER (apoyo técnico y educación rural), por ejemplo, todavía no perciben hasta qué punto los valores y pensamientos se encuentran ligados a las emociones que condicionan determinados comportamientos.

²¹ Filosóficamente, esa posibilidad recorre la propia naturaleza humana. En todo caso, las necesidades humanas son las mismas y en ellas se encuentra contenida, también, la posibilidad de cambio. Todo proceso de exclusión social, por ejemplo, lleva escondido su opuesto, la energía para participar y actuar como sujetos libres, capaces e incluidos. Y en virtud de las políticas públicas articuladas y basadas en el paradigma de desarrollo sustentable, las alianzas público-privadas pueden cambiar las relaciones de dependencia e interdependencia intra-territoriales e inter-territoriales, incluso en estos momentos de mundialización del sistema económico, que tienden a ofuscar las lógicas territoriales y a desdibujar la diversidad de la vida social local.

cohesión social y crean alianzas esperanzadoras entre actores, puede influir en el carácter de los procesos de mayor envergadura e incluso cambiar los destinos nacionales, configurando estructuras globales novedosas. La multiplicación de los vínculos sociales locales –mucho mejor cuanto mayor sea su densidad– tiene la energía suficiente para construir un *efecto de escala territorial*.

Sin el establecimiento de alianzas estratégicas entre los distintos actores y organizaciones públicas y privadas es difícil descifrar la complejidad del cuadro social que enfrentamos. Es posible construir cambios extraordinarios y vinculados al todo partiendo de las ‘olas’ que se generan en las partes, producir vibraciones sostenibles que conduzcan a un nuevo destino humano. Tenemos el desafío de entender al menos las energías que llevan a la separación y resquebrajan la sociedad. Del enriquecimiento cualitativo del tejido social es que surgen los modos sostenibles de desarrollo. Las actitudes positivas hacen que la vida colectiva pueda cultivarse, de la misma forma en que sembramos y recogemos las actitudes negativas.

No existe una receta única. Las sociedades trascienden o se fracturan por la calidad de asociación o disociación. La equidad y la solidaridad de la sociedad territorial se pueden construir a partir de un permanente esfuerzo de diálogo, de un intercambio de las distintas lógicas sociales de actuación de los actores, de sus saberes y de sus perspectivas. Es posible cambiar la trayectoria territorial cambiando la forma en que se producen los encuentros y la calidad del diálogo, tejiendo una nueva red institucional basada en la calidad de las conexiones.

También se puede reorganizar el concierto institucional, abrir oportunidades de acceso al conocimiento, a la información y a los activos productivos, estimulando procesos de innovación que lleven a niveles superiores de productividad sostenible. Invertir en *calidad social*, y simultáneamente, construir ambientes de *aprendizaje colectivo*.

7. Capital social frente a calidad social

Siento que ahora estamos mejor sintonizados para hablar sobre el falsificado concepto de “capital social”, concepto que no parece adecuarse al referente humano. El capital se asocia a una perspectiva de cálculos y negocios, lo que no se adecúa ni a la complejidad de la naturaleza humana ni a la diversidad de las relaciones sociales. Tampoco parecen convencidos los especialistas convencionales del desarrollismo, de que lo social puede ser una

mina de creatividad, en condiciones de libertad que propicien la manifestación de oportunidades y la posibilidad de elegir entre ellas.

Cada día, el concepto de “capital social” transita por los diversos círculos académicos e institucionales con un mayor grado de consenso. No hay duda de que la organización social contiene aspectos o propiedades que facilitan el intercambio recíproco y la construcción de determinadas acciones comunes entre agentes y actores. Con todo, el *modernismo* cambió el estudio del tejido social como ejercicio de la inteligencia para impulsar procesos de desarrollo económico y social. Y la visión funcionalista considera que se pueden aislar determinadas variables y cultivarlas, y manipularlas, para promover el desarrollo.

Pero, los complejos procesos de desarrollo no necesitan de conceptos baratos, particularmente cuando buscamos cambiar el paradigma. Es el eterno retorno al “discurso único” que busca transformar la realidad en valores cuantificables. Porque lo que este discurso idolatra es el dinero, el crecimiento. Todos los fenómenos, las relaciones, la calidad de la vida social son reducidos al plano del capital. Capital Humano, Capital Financiero, Capital Físico, Capital Natural, Capital Social, Capital Político. Un actor social motivado debe ser al mismo tiempo un actor intensamente competitivo. La codicia y la ambición, la solidaridad y la confianza se transforman en virtudes generadoras de beneficios económicos. Llegamos a la conclusión de que la ética de grupo debe ser cooperativa, y al mismo tiempo, necesariamente rentable²².

²² De acuerdo con Marta Portela Maseda e Isabel Neira Gómez, *El capital social: las relaciones sociales afectan al desarrollo*, Internet, Banco Mundial. 2003. “En primer lugar, como otras formas de capital, el capital social es un recurso en el cual se pueden invertir otros recursos con la expectativa de beneficios futuros. En segundo lugar, el capital social puede ser un sustituto o un complemento de otros recursos. Como sustituto los agentes pueden compensar la carencia de capital financiero o humano mediante el establecimiento de buenas relaciones. El capital social es también complementario con las otras formas de capital puesto que por sí solo no es suficiente para el desarrollo. En tercer lugar, al igual que el físico y el humano, el capital social necesita mantenimiento pues las relaciones sociales requieren una renovación o confirmación periódica para evitar la pérdida de eficacia. Además, el capital social, al igual que el capital humano, no tiene un índice fiable de depreciación, puesto que no se deprecia con el uso, sino que mejora ya que si no se usa se deteriora rápidamente. Aunque el capital social no sea propiedad de los individuos tiene la característica de la apropiabilidad, es decir, al igual que el capital físico se puede emplear para determinados propósitos, el capital social puede ser utilizado por un agente de la red para sus propósitos (de información, de consejo, etc.) También, se puede transformar en otras clases de capital, pero hay que destacar que su tasa de convertibilidad es más baja que la del capital económico (que se puede transformar en capital físico, humano o cultural de manera más o menos sencilla). Por último, el capital social, como toda forma de capital, expresa una relación: las relaciones de confianza y cooperación cívica.

¿Por qué lo social tiene que ser 'capital'? Lo social puede y debe prosperar e ir "más allá de la renta" y los demás intereses monetarios. La meta humana es el enriquecimiento de la calidad interior y no *simplemente* volver la vida rica en monedas y bienes materiales. ¿Por qué es que lo recíproco social, que no es cuantificable, tiene que ser menos real?²³ Los cambios cualitativos se desprenden de la creciente interacción entre los distintos actores sociales y culturales, desde el compartir de visiones y valores éticos y derechos establecidos. La *calidad social* no está fuera de los especialistas, de los observadores: se encuentra arraigada en los procesos sociales de poder, de género, de etnia, de identidad.

La concepción instrumental de capital social es insuficiente para promover el desarrollo sostenible. La transición hacia una sociedad sostenible depende de nuestra capacidad para valorar y 'vivenciar' los elementos intangibles inherentes a una sociabilidad esperanzada: el entusiasmo colectivo, la participación social, la información para todos, el cuidado ambiental, la calidad de una nueva institucionalidad y el empoderamiento de las personas y las organizaciones.

El elemento constructor de esa sociabilidad es la parte emocional de la confianza; la fuerza vital que la confianza expresa al construir una energía comunicadora que lleva información contagiante²⁴. Sentimos confianza cuando nos interpelan con una verdad y actuamos de conformidad; así aceptamos lo otro, en razonamientos, en iniciativas, en el compartir del proceso diario y social.

La confianza social no debe entenderse como una actitud simplista que cobra vida por la simple repetición de frases y que sirve para facilitar el contacto y la comunicación entre actores sociales y personas. La confianza no es sinónimo de pasividad, ni debe condicionar ningún comportamiento subordinando. Las experiencias más profundas de confianza son espirituales y van acompañadas de sentimientos de lealtad y compromiso, como cuando las personas aprenden con quién pueden contar para enfrentar un problema. Cuando la confianza se gana a base de promesas, cuando la participación social se restringe, entonces,

²³ Robert D. Putnam, *Comunidade e democracia: a experiência da Itália moderna*. trad. Luiz Alberto Monjardim. Rio de Janeiro: Ed. Fundação Getúlio Vargas, 1996.

²⁴ En la psicología occidental, la confianza no se considera una emoción.

surge la subordinación. Es así como se reproducen las relaciones de 'clientelismo'. Cuantas veces construimos ambientes locales ricos en "capital social", pero toda esa energía comunitaria termina chocando contra el muro asistencial de los programas anti-pobreza en el que reina la más penosa de las compasiones.

8. Aumentando la densidad del tejido social: las comunicaciones

Los actores sociales e institucionales se fortalecen en la relación con los otros, por lo que resulta fundamental construir vínculos de cooperación, redes. Son las relaciones que se forjan en los diálogos y contactos, en las acciones compartidas, las que permiten ligar las voluntades políticas, los factores técnicos, sustentando los compromisos. Hemos aprendido que los actores sociales expresan y desarrollan ciudadanía en el proceso de participación social. Pero deben estar empoderados, informados y articulados para negociar sus intereses, para concertar, para contradecir, a partir de la construcción de espacios dónde presentar sus demandas y sus iniciativas, así como defender sus derechos.

El mundo en que vivimos se configura en las relaciones que establecemos con los otros. Construimos una red más o menos durable de relaciones y vínculos que permite el intercambio entre actores y genera proximidad. La calidad y la cantidad de esas relaciones depende mucho de los valores que se transmiten en los intercambios materiales y simbólicos que llevan las comunicaciones, y de los conceptos que orientan las acciones. Siempre es posible cambiar ese tejido sembrando relaciones alternativas.

Todo lo que es vivo tiene que reproducirse y conservarse. La biología nos enseña que los seres vivos son sistemas moleculares, redes de autoelaboración y transformación de moléculas. Los procesos de organización, no cambian; no así las moléculas constitutivas, los componentes vitales que entran en los procesos. Humberto Maturana²⁵ llama estructura a eso que se modifica. Nos dice: "alguien enferma y enflaquece, pierde moléculas; luego se mejora, recupera su peso, su musculatura. Allí han ocurrido una serie de cambios estructurales, pero se ha conservado la

²⁵ Maturana, Humberto, Francisco J. Varela, *The Tree of Knowledge: The Biological Roots of Human Understanding*, Boston: Shambhala, 1987.

organización, el vivir.”. En la sociedad lo anterior no ocurre naturalmente, por lo que dependemos de las comunicaciones. Creamos instituciones, reglas del juego, normas culturales, emocionalidades, toda una dimensión de relaciones que nos permiten organizar de forma permanente la calidad de las interacciones.

Fritjof Capra nos enseña que una “de las instituciones más importantes para la comprensión sistémica de la vida es el reconocimiento de que las redes son el patrón básico de la organización de los sistemas vivos”²⁶. En la dimensión social e institucional, la vida también debe ser comprendida en función del concepto de redes, sólo que los hilos articuladores son los relacionamientos, que establecen redes de comunicaciones. A semejanza de las redes biológicas, que trabajan para la auto-organización de los sistemas moleculares, las redes sociales dependen de la comunicación. El desarrollo territorial, por el simple hecho de trabajar en la multidimensionalidad, en virtud de las exigencias de transformación productiva, da lugar a estructuras sociales emergentes, a arreglos institucionales, nuevas formas de expresión y representación ciudadana, etc. Lo que nos obliga a pensar en redes sociales promovidas en la vida asociativa, en un entramado social enriquecido por la información y los valores, articulado por una red de comunicaciones. Todo ello traducido en la ampliación de las formas de participación ciudadana y en mecanismos de generación de contactos.

La base científica del proceso de construcción de la calidad social tiene que ver con la ampliación cualitativa y cuantitativa de las relaciones en las cuales estamos inmersos y de las cuales dependemos para vivir la vida que se vive. El desarrollo sustentable – la equidad social, la alteridad cultural, la sustentabilidad ambiental, la eficiencia económica, la participación política, la tranquilidad espiritual, el acceso al conocimiento, la eficacia institucional – se construye colectivamente en el marco de los contactos, de los diálogos, de las conversaciones, de las informaciones, en suma, de las comunicaciones, de las que surgen las nuevas interacciones. Los valores, las actitudes, los conocimientos, se construyen y reconstruyen contantemente dentro de las comunicaciones. Estas pueden ser “enriquecidas” cualitativamente por medio de las acciones y las prácticas, por el darse cuenta de los propios actores sociales que están involucrados en la dinámica comunicativa.

²⁶ Fritjof Capra, *A Teia da Vida*, Cultrix, Brasil, 2000

De manera que el desarrollo del “capital social” depende mucho de la estrategia de comunicación que se defina, para darle mayor densidad a la red social, creando empoderamiento. Cuando hablamos de comunicación para el desarrollo sostenible, no estamos hablando de propaganda sino de la transferencia de energías educativas por vía de la información, de una acción comunicativa, de una comunicación participativa. La propaganda diseñada por los profesionales del marketing no está preocupada en la expresión de un sentido solidario y comunitario, salvo cuando sirve de instrumento para la promoción de la culpa caritativa. Puede llegar y de hecho llega a fragmentar a la sociedad en segmentos divididos. El desarrollo sostenible de los territorios demanda una comunicación educativa, que promueva el empoderamiento colectivo y la responsabilidad social.

Las redes sociales que son apoyadas por la acción comunicativa necesariamente - como toda la realidad - deben expresar un lado tangible y uno intangible. Lo tangible material se refiere a los canales por los que deben circular los mensajes educativos, la emocionalidad, la información. Hay medios, un punto de emisión, elementos de acceso y terminales, ondas de transmisión. Pero también hay un contenido, una esencia, una energía, mensajes, por que circulan las racionemocionalidades. La comunicación conecta a las redes que tienen propiedad de conexión, lo que crea cohesión, alimentando la proximidad, que lleva a la integración. Las redes son activas, dinámicas, animam a la participación y a la acción social. Es más fácil integrar y construir los territorios a partir de la visión reticular y la acción comunitativa.

En los territorios rurales donde la cultura “informativa” es bastante débil, debemos ser imaginativos para multiplicar las interacciones mediante flujos inéditos de información y comunicación. La productividad, el empoderamiento, la creatividad, las demandas de identidad descansan cada vez más en la energía social transmitida por las redes.

El proceso de desarrollo sostenible de los territorios rurales demanda un gran esfuerzo de integración del tejido social. La interacción entre los actores involucrados es la acción recíproca que lleva a un cambio de comportamiento. Los vínculos sociales fuertes generalmente nacen del sentido de interdependencia, del compromiso, de la confianza, de la credibilidad, de la congruencia. Todo ello entrelazado por una comunicación transparente. Los logros colectivos son más fáciles cuando hay más proximidad, cuando se han reducido las fuerzas de las confrontaciones. Casi

siempre existen relaciones de intercambio y de diálogo cuando hay necesidad del otro (o de la otra). Por eso, es preciso construir instancias de diálogo y mecanismos participativos que lleven a ampliar las bases de la gobernabilidad, dando lugar a trabajos compartidos. Lo emocional de la subordinación — la vergüenza de la dependencia — apaga la confianza y debilita la cooperación, y la ausencia de esos vínculos amenaza la formulación de cualquier proyecto colectivo.

9. Cambios en la cultura política

Desgraciadamente, nuestra cultura política se ha moldeado a partir del “poder sobre”, es decir, fundamentalmente, a partir de la voluntad de dominio. Y eso crea separación. Siempre estamos luchando, peleando, protestando y esa lucha alimenta un proceso perverso de construcción de desconfianza, formas de actuar que resquebrajan la convivencia social. En la arena política actual dominan las emociones perturbadoras condicionadas por intereses. La lucha se halla incorporada en los códigos cotidianos de comportamiento político, generando ambientes tensos que frecuentemente llevan a conflictos mayores. En lo emocional de las personas vibra permanentemente una energía de insatisfacción material y de desconfianza. Se trata, en verdad, de una sociabilidad fragmentada y “capitalizada negativamente”.

La construcción de una sociedad sostenible depende de nuestras relaciones, de la calidad social de nuestro tejido social. Tenemos una gran necesidad de ver una sociedad más integrada, más rica en normas e instituciones que faciliten la cooperación entre las personas. De ahí la necesidad de trabajar la cultura política, de construir un espíritu crítico, reflexivo y participativo. La cultura política, cuando se encuentra cercada por el particularismo, estanca las relaciones, impide la integración, debilita la cohesión social, fragmenta, divide. Incapáz de colocarse en la situación del otro, la política partidarista se torna inconsciente e irresponsable. Los valores utilitarios gobiernan las prioridades y alientan el hábito de buscar la ventaja personal o grupal a costa de los otros (otras). No logramos entender que somos seres separados pero al mismo tiempo miembros interdependientes de la sociedad.

Esa rigidez de la cultura política predominante, carente de solidaridad, bloquea las posibilidades del trabajo conjunto. Es peligroso quedarse encerrado en el paradigma darwinista de la

supervivencia del más fuerte. La sociabilidad esperanzada surge del intercambio transparente de información, intereses y experiencias. De la competencia surge la separación social. Si continuamos trayendo a la vida social y política nuestros miedos, nuestras negaciones, nuestros odios y nuestra ansia de poder, la calidad de la sociabilidad no va a cambiar. Estamos *sentipensando*²⁷ una forma de vida democrática que corresponde a un tejido social integrado *vertihorizontalmente*²⁸.

Pero el problema de construir un nuevo tejido social que facilite los procesos de desarrollo sostenible no se resuelve sustituyendo la diversidad de intereses por el proyecto común. Tenemos que ser aceptados como diferentes para ser asumidos como iguales. Este es un mundo de ángeles y demonios, no de ángeles o demonios. Construir calidad social en una sociedad fragmentada y multicultural no es tarea fácil. Aunque parezca un esfuerzo titánico, podrá lograrse mediante la comunicación educativa y la persistente aplicación de la ética sobre la energía vital de las relaciones. Cada actividad, cada proyecto de desarrollo deberá buscar el intercambio comunicativo, la distribución más justa de las oportunidades, la reciprocidad verdadera entre actores de distintas identidades. El arte de la alquimia social consiste en unir aquello que es antagónico, aceptando su legitimidad, para sembrar la complementariedad.

Enfrentamos el desafío de construir acuerdos relativamente estables, anclados en valores éticos, procurando formar redes o grupos de actores articulados entre sí, motivados y capacitados para actuar en conjunto. Las redes promueven la interacción entre las personas y las instituciones, crean la perspectiva de que, al aproximarse, muchos actores diferentes pueden combinar experiencias y recursos. Las redes sociales deben nutrirse de entusiasmo o su movimiento será amorfo e inconstante. Porque, como ocurre en el mundo de las partículas subatómicas, los actores que pueden actuar en sinergia carecen de vitalidad como elementos aislados: son las interconexiones las que crean sistemas nuevos con propiedades enteramente nuevas. Los actores cooperan en la medida en que se relacionen y se conviertan en algo más que ellos mismos. Los actos más pequeños, si son realizados a nombre de un bien común que se comparte con los otros, podrán aglutinarse, producir sincronidades y formar una gran onda de elementos emergentes integradores.

²⁷ Es decir, reintegrando pensamiento y sentimiento.

²⁸ Tal y cual corresponde a ls estructuras propias de las redes.

Por eso, la cohesión social se coloca como punto de llegada y como construcción permanente. Las relaciones de cooperación entre actores –los nuevos valores– posibilitan la unión entre los factores técnicos, sociales e institucionales que deben evolucionar de manera articulada en el complejo escenario del desarrollo territorial. Es preciso, entonces, promover dichas redes de cooperación²⁹.

La cuestión básica es cómo transformar un conjunto de intereses y opiniones a veces divergentes, e incluso opuestos, en una decisión consensual que beneficie a todos y dé paso a la formulación de un proyecto común. Es posible estimular la cooperación, o aumentar los puntos de encuentro, mediante procesos de planeamiento estratégico participativo. Pero el proceso de planeamiento tiene que entusiasmar, movilizar, generar energía colectiva, alimentar el sentido de identidad, educar, para lo cual es indispensable formular metodologías culturalmente sensibles que lleven a conversaciones democráticas y faciliten la mediación social³⁰.

Más allá de los planes, es necesario construir *calidad social* a lo largo del proceso de planeamiento. Debemos enriquecer cualitativamente las relaciones sociales, nutrir con valores éticos las normas que moldean la vida social, multiplicar los contactos y la convivencia. Eso significa construir sistemas de información de carácter territorial (*global y local*) que posibiliten el desarrollo sostenible³¹. La información tiene que fluir hacia los territorios y dentro de ellos, como insumo al proceso de gestión y, también, para estimular los procesos de innovación productiva, la *imaginación creativa*. Y mucha de esa información debe ser “traducida” a los códigos propios de la cultura del territorio, para cerrar la brecha entre el discurso técnico y los significados locales.

El acceso a la información permite expandir la capacidad y la libertad de las personas abriendo, con ello, el campo de las oportunidades sociales, la facilidad económica y la libertad política³².

²⁹ Carlos Miranda, *Desenvolvimento Local Sustentável no Brasil*, IICA-Brasil, 2002.

³⁰ Carlos Júlio Jara e Ribamar Furtado, “Experiência de Planejamento Territorial: Projeto Identidade em Maranhão”, *Notas do Curso de Planejamento para as Comunidades Negras do Estado*, IICA- 2002.

³¹ Carlos Jara M, *A sustentabilidade do Desenvolvimento Local*, IICA-Brasil, 1999.

³² En este mundo entrelazado a escala global, el flujo de información les permite a los agentes económicos locales reaccionar con rapidez para tomar decisiones inteligentes y permite, también, una mayor flexibilidad.

Territorio y geografía: un lugar para la vida social, cultural y política. Ese lugar se vuelve una ‘comunidad territorial’ cuando las personas se identifican como “nosotros”, y expresan creencias y valores que son compartidos cotidianamente. Mucho del comportamiento político depende de ese “nosotros” colectivo y de la forma en se institucionalizan las relaciones sociales. Una de las lecciones del desarrollo no sostenible es que fortalece el valor de la identidad y de la cooperación, al tiempo que hace visibles las contradicciones y conflictos presentes en las situaciones reales.

10. Nueva institucionalidad

De alguna manera, las instituciones son los recursos organizacionales que ofrecen un norte, una dirección, un cierto sentido de gestión y un relativo ordenamiento a los procesos de desarrollo; las instituciones orientan a los actores sociales y a los agentes económicos, señalan rumbos y comportamientos dentro de cierta lógica o racionalidad. Se trata de una dimensión por la que circula una ‘unidiversidad’ de reglas y costumbres – pocas de ellas se atreven a desafiar los paradigmas – que se caracterizan por su variado nivel de formalidad.

Las instituciones actúan como motores de diferente capacidad y potencia para impulsar el incierto rumbo del desarrollo, condicionando la actividad social y económica de los diferentes actores, comunidades e individuos, que al mismo tiempo las producen.

Necesitamos instituciones que nos permitan adaptarnos, democratizarnos, solidarizarnos, descentralizarnos, cuidarnos, articularnos, identificarnos, responsabilizarnos. Tenemos que aprender a manejar el cambio como si se tratara de navegar en un mar de incertidumbres en el que se pasa por un archipiélago de certezas³³. Los cambios institucionales siempre son el producto de la necesidad de construir ordenamientos y relaciones institucionales que se ajusten a los nuevos modos de desarrollo para superar la crisis de los modelos antiguos.

Las instituciones se pueden identificar, por una parte, como órganos formales, esquemas cuyo funcionamiento depende del

³³ Edgar Morin. *Os Setes Saberes necessários à Educação do Futuro*, UNESCO, 2003.

conjunto de normas y contratos que condicionan determinados comportamientos, que estructuran las relaciones y orientan los esfuerzos individuales y colectivos. Se trata estructuras cambiantes, y al mismo tiempo, organizaciones orientadas a cumplir un fin determinado, relativamente rígidas, que operan dentro de un marco de leyes, reglamentos, convenios y procedimientos. Las instituciones implican reglas que delimitan el comportamiento dentro de un dominio determinado y dan lugar a regularidades de actuación que frecuentemente se transforman en corporativismo, por el dogmatismo y por el “poder sobre” que poseen.

Por otra parte, las instituciones también se basan en las costumbres, y de hecho, condicionan ciertas conductas sociales por medio de los valores compartidos, de las prácticas tradicionales y los acuerdos tácitos. La corrupción, por ejemplo, es una institución —probablemente la más perversa y persistente de todas—.

Se nos desafía a construir una nueva institucionalidad. El adormecido potencial territorial no se va a despertar sin el componente institucional, preparado conceptual y operativamente en dos campos entrelazados, de forma ‘verti-horizontal’. Por un lado, el campo de los vínculos funcionales entre los Estados, que permite compartir voluntades, decisiones y sobre todo inteligencia de desarrollo rural sostenible. Y por otro, el vínculo de los actores territoriales y los poderes locales, que posibilita la articulación hacia arriba y hacia abajo, y alimenta los compromisos con la sociedad organizada y con las comunidades rurales.

Es evidente que el actual cuadro institucional está relativamente agotado, lo que significa el desafío de construir un proyecto nuevo. Construir una nueva institucionalidad no significa, necesariamente, crear más aparatos burocráticos o firmar convenios, sino, fundamentalmente, definir nuevos vínculos y relaciones entre actores, nuevos sentidos y propósitos, un nuevo sistema de reglas y valores éticos, o sea, una nueva cultura organizacional³⁴. El valor de una nueva institución para el desarrollo sostenible no reside en el equipamiento novedoso, ni en el tamaño, sino en la calidad de las ideas, en la inteligencia, en la capacidad, en la experiencia, en la actitud y en la ‘raccioemocionalidad’ activa de los actores involucrados³⁵.

³⁴ Los convenios son útiles para construir un sentido de responsabilidad.

³⁵ Carlos Julio Jara, Nueva institucionalidad para el desarrollo humano y sustentable, IICA-Ecuador, 2003.

11. Calidad social e identidad

El desarrollo sostenible del heterogéneo mundo territorial debe mejorar la calidad de los vínculos sociales internos y externos, aumentar la proximidad de los agentes, la interacción dinámica que controla el comportamiento. De esa forma se fortalece la identidad social territorial. El valor de la identidad con respecto a la energía emocional que afirma y acepta, que se reconoce como parte de la historia, que se interroga sobre el presente y sobre el futuro. La identidad es un reservorio de energías espirituales. Ella puede hacer girar la ola de cambio cuando descubre, mediante la información, el intercambio de experiencias y la participación, la posibilidad de perseguir una imagen.

Sabemos que los tejidos sociales que tiene un firme sentido de identidad y responsabilidad social están en mejores condiciones de realizar proyectos comunes. Esto, sin embargo, depende mucho del compromiso afectivo con el territorio. La identidad “pega” el sujeto al territorio, homogeniza elementos dispersos, alinea los sentimientos con los lugares objetivos. Simboliza el conjunto de significados y valores que interiorizamos cada día y que se vuelven parte de nosotros³⁶. Sitúa, articula el pasado, el presente y el proyecto de futuro en un único campo intangible interiorizado por los diversos actores sociales, marcando diferencias y perspectivas particulares³⁷.

12. Asociaciones frente a cultura asociativa

Es preciso, por ejemplo, promover un cambio en la cultura asociativa tradicional, en las antiguas asociaciones que aglutinan formalmente a la mayoría de los productores rurales de base familiar. Esa forma de organización creada hace muchas décadas para integrar “ordenadamente” las comunidades rurales a los esquemas centrales de progreso y que buscaba, sobre todo, formalizar el proceso de provisión vertical de bienes y servicios, no crea competitividad territorial. La clonación burocrática de asociaciones comunitarias construye una lectura de lo social territorialmente indiferente, fragmenta, no facilita la organización

³⁶ Carlos Júlio Jara, *Projeto Identidade para as Comunidades Quilombolas de Maranhão*, IICA-Brasil, 2002

³⁷ José Arocena, *El Estado, la descentralización y la iniciativa local en Uruguay*, en *Mujer y políticas sociales a nivel local*, CIEPLAN, Chile, 1992.

de las comunidades en redes directas de solidaridad y dificulta la construcción de la cohesión social³⁸.

Dichas asociaciones se administraron como si fueran instrumentos para facilitar el proceso de mediación y control de las bases comunitarias, con lo que se formalizó burocráticamente el proceso de reivindicación de derechos y demandas locales. No son órganos funcionales que sirven para actuar de forma proactiva en el actual mundo económico; se encierran en el mundo local e impiden maximizar las oportunidades territoriales de desarrollo humano y sostenible. La asociación comunitaria tradicional está en crisis. Es preciso construir una nueva figura capaz de sintetizar las experiencias y los desafíos presentes y futuros.

Enfrentamos el desafío de cambiar el viejo paradigma de organización social rural. Los nuevos tiempos piden nuevas formas de organización y el desafío es inventarlas a partir de las experiencias exitosas sistematizadas. Organizaciones que no sean ni tan pequeñas- donde no hay posibilidad de ganar escala -ni demasiado rígidas, que estimulen la capacidad creativa de sus socios, aprovechando sus talentos, experiencias y memorias. De abrirnos a nuevas formas 'asocia-rias' (asociaciones de carácter empresarial) de producción; de crear verdaderas redes de pequeños negocios rurales basados en la eficiencia, en la cooperación, en la información, en la calidad, en la inocuidad y en la organización reticular³⁹. La reconversión productiva de los territorios, particularmente de aquellos donde predomina la agricultura agro-familiar, exige nuevas formas de organización social y económica para las bases comunitarias. Formas menos burocráticas, más flexibles, más calificadas, más actualizadas y más operacionales.

³⁹ Reticular: que corresponde al entramado de todas las relaciones horizontales y verticales que surgen en las redes.

Características y perspectivas
de las asociaciones comunitarias ⁴⁰

Viejo paradigma local y sectorial	Nuevo paradigma territorial e intersectorial
Creadas por el Estado centralizador.	Funcionales para la descentralización del poder.
Gestión vertical y cultura autoritaria.	Gestión horizontal y cultura participativa.
Organización burocrática y subordinada.	Organización flexible y autónoma.
Mezcla de emprendimiento y comunidad organizada.	Separa funcionalmente la empresa de la familia y la comunidad, y promueve la solidaridad de esos actores.
Creadas por la oferta pública.	Creadas por la demanda social y económica locales.
Instrumento para captar proyectos locales. Aislamiento.	Protagonismo, capacidad para generar proyectos comunes. Sociedades y redes.
Limitada capacidad de gestión empresarial.	Capacidad empresarial.
Confunden el servicio del Estado y el servicio público.	Separan lo público de lo estatal.
Se formalizan para integrar la comunidad al Estado, y asegurar el control social.	Necesidad de consolidar nuevos vínculos con el Estado y el mercado.
La solidaridad parte de arriba hacia abajo.	La solidaridad se construye de abajo hacia arriba.
Cultura de asistencia e intervención vertical sustentada en el “poder contra”.	Cultura de “empoderamiento para”; ajuste de la comunidad a los nuevos contextos.

⁴⁰ Carlos Júlio Jara, *Cultura Associativista e Associações*, IICA - SEBRAE, Maranhão, 2002.

Proliferación funcional para la implementación de programas y proyectos de desarrollo de carácter compensatorio.	Necesidad de reinventar, de hacer surgir un orden nuevo y objetivos diferenciados.
Postura de favores, gestión dependiente.	Postura de derechos, de actores o sujetos. Gestión interdependiente y compartida.
Formas clonadas, modelos homogéneos y replicados.	Formas diferenciadas y flexibles, modelos variables.
Liderazgos impuestos, representantes, cooptados, 'clientelizados'.	Líderes legítimos, representativos, formados e informados.
Los proyectos no reflejan las necesidades reales de las comunidades.	Los proyectos permiten el desdoblamiento de activos y talentos, del potencial endógeno. Autogestión.
Líderes individualistas se disputan el poder.	Líderes gestores, con capacidad de orientación, de planeamiento, de lectura del entorno; distribuyen el "poder para".
No favorece la construcción de emprendimientos y negocios. No permite vincular de forma eficiente y competitiva productores y mercado.	Necesidad de potenciar el capital empresarial, de adaptarse en forma dinámica a las demandas del mercado.
Estructura actual no permite sustentar procesos de comercialización.	Normas y mecanismos que facilitan la gestión comercial.
Estructura impide el suministro de servicios.	Normas y procedimientos que permiten la oferta de servicios.
Vínculos externos surgen de convenios formales.	Vínculos externos surgen principalmente de acuerdos e intercambios horizontales.
Estructuras aisladas.	Lógica de redes y vínculos de cooperación.